

los católicos unido con el nombre de la protectora de Atenas, númen inmortal de las paganas glorias.

Lutero pudo volver á Witemberg por virtud de la muerte de Leon X. Apenas llegado á la ciudad, que debe llamarse la capital de su espíritu, comenzó á calmar los ánimos, presentándoles todos los innumerables peligros encerrados en las violencias y en las exageraciones. Ocho dias seguidos predicó ante numerosísimo auditorio. Pocas veces la elocuencia humana se ha elevado á tanta y tan extraordinaria altura. Bien es verdad que pocas veces se ha defendido por un espíritu tan levantado una causa tan grande como la causa de la libertad de conciencia. Revolucion espiritual la Reforma, dice, en este momento crítico de su historia solo necesita medios espirituales. Nada tan espontáneo como la religion; nada tan contrario por ende á la religion como la fuerza. Para Lutero, lo indispensable en el período crítico que la Reforma recorría á su nacimiento, era dejar completamente libre la virtud natural y la eficacia propia del dogma evangélico. Ninguna cosecha se recoge sin que pase mucho tiempo entre la siembra y la siega; y menos aun la tarda cosecha de las ideas. No reformará el mundo quien no sepa unir con la iniciativa que crea la paciencia que espera. Hemos leído muchas veces, no solo por nuestro ministerio de historiadores, sino tambien por nuestro ministerio de devotos al arte divino de la palabra, estos ocho sermones de Lutero; y los encontramos admirables de elevacion y de prudencia. Pocas veces se ha enseñado al mundo con tanto arte las gradaciones sucesivas por donde pasan las sociedades humanas para ir de un hemisferio á otro hemisferio del tiempo, de un período á otro período del espíritu, de un estado á otro estado de la política. «Ante todo, exclama, precisa no imponer á nadie la fe por fuerza.» En el segundo sermon, volviéndose contra los que quieren imponer la Reforma por la revolucion, dice, «de haber querido excitar á las rebeliones comenzara un juego, á consecuencia del cual se hubiera toda Alemania ensangrentado. Así, permanecí tranquilo, dejando á la palabra humana su virtud creadora.» Todas estas magníficas arengas exhalan de su seno el principio de los principios, el principio de la libertad religiosa; y todas estas arengas quedarán, aparte de lo que tienen de secta, como inmortales modelos en todo cuanto tienen de universales y humanas. Por este medio logró Lutero esta-

blecer el orden público en Witemberg; y estableciendo el orden público en Witemberg, demostró Lutero que estaba madura ya la vieja Germania para la nueva revolucion. La hora, pues, de organizar la idea, hasta entonces casi abstracta, esa hora solemne acababa de sonar en el reloj de los tiempos.

Nada demuestra tanto la victoria de una secta nueva como la moderacion de los sectarios. Lutero, al organizar la Iglesia luterana, puso en ella todo el espíritu conservador compatible con aquel grande instrumento de revolucion. Destruir poco significa, si no se reconstruye. Fácil á un hombre de genio, que tiene á mano las formas del pensamiento, idear: difícil á ese mismo hombre cumplir y realizar lo ideado. Imaginad al solitario de Patmos, el cual debe tan solo mojar su pluma en los matices del iris, y escribir con plena libertad su ideal, imagináoslo en medio del mundo, y vereis como á cada paso que da por los eriales de lo real, se le clava una acerada espina. Entrando en el trabajo de organizacion, le falta el tiempo, le abruman los deberes. Todos los que pugnan por la nueva idea en todas las naciones del mundo se dirigen á él, en demanda de auxilios espirituales; y todos los que en este combate caen, se dirigen á él en demanda de auxilios materiales. Las cartas llegan á centenares á su mesa; los fugitivos llegan á millares á su puerta; las monjas, escapadas de los conventos católicos y faltas de todo recurso, le demandan limosna con grande insistencia y le piden auxilios pecuniarios permanentes con grande necesidad en su afliccion y en su miseria. ¡Qué puede hacer, pobre y desvalido, sin patrimonio y sin hogar, fraile escapado á su convento, por aquellas misérrimas gentes, para las cuales no alcanza ni á sacar un óbolo al mismo Elector, que le deja morir á él, su admirado amigo, de hambre y de miseria! Pero lo mas difícil, sin duda, es la transicion de un culto á otro culto, del estado revolucionario al estado gubernamental. ¿Qué hacer, le preguntan unos, con la adoracion de Dios en los santos? «El mundo entero, contesta, me interroga sobre esta cuestion, que yo quisiera dejar dormir por un solo motivo, por el motivo de no ser necesaria.» Sobre la confesion decidió que se convirtiese de sacramento de la Iglesia en mero consuelo y consejo del sacerdote al penitente. Respecto á la misa, dejó en libertad á los que la celebraran de escoger el rito que les pareciera con tal de que elevaran buena-mente á Dios el alma, confesándolo y adorándolo en espíritu y verdad. El

cambio mayor que intentó en este punto, fué traducir la misa romana en lengua vulgar. Lo que mas le embargaba el ánimo, por parecerle con razon lo mas propio para alzar la conciencia del pueblo á las cimas de lo ideal, era la version exacta en lengua poética, pero sencilla, de aquellos salmos é himnos del Antiguo Testamento, que esparcen las almas, oscurecidas por las sombras del error y afeadas por las manchas de la culpa, en el seno de la divinidad. La demostracion mas evidente, que daba Lutero del gran carácter de reformador con que lo dotó la naturaleza, estribaba principalmente en esto, en cambiar la esencia de las cosas, aparentando el respeto mas profundo á la tradicion y á la forma.

Nada tan difícil, ya lo hemos dicho, como esta organizacion de la nueva Iglesia. La jerarquía histórica yacia rota, y se necesitaba, no solo volver el espíritu religioso á las verdades evangélicas, sino volver tambien la disciplina eclesiástica á las formas republicanas y democráticas. En esto Savonarola, hijo de una ciudad monárquica, pero crecido luego en el seno de una ciudad republicana y democrática, superaba en mucho á Lutero y comprendia mejor que él toda la grandeza que tomaba el espíritu cristiano encerrándose en el organismo propio del derecho, en el organismo de la República. Lutero tenia, para seguir el camino de Savonarola, que luchar con los príncipes alemanes, grandes protectores de la Reforma. Y ante tal dificultad, escogió un temperamento prudentísimo, aunque algo expuesto á degenerar en anárquico, el temperamento de dejar á cada Iglesia y á su espontáneo albedrío la organizacion disciplinaria y canónica. Sin embargo, reservábase para sí una especie de supremacía intelectual y moral, proviniente, no por cierto de leyes ó constituciones escritas, sino de adhesion moral á su indudable superioridad. Lo cierto es que escribia á su amigo Amsdorf: «Nuevas quejas se me han dirigido contra tí y Frezhans, porque habeis excomulgado á un barbero. Yo no quiero decidir todavía entre vosotros; pero decidme el porqué de esta excomunion.» Algunas veces, sin embargo, empleaba él esta arma, como si tuviera la autoridad pontificia. Cierto ciudadano de Witemberg compró una casa por treinta florines, y despues de haberla blanqueado y rehecho, quiso venderla por cuatrocientos: «Lo excomulgo si tal hace,» exclamó Lutero. Lo que mas le molestaba era lo relativo á las órdenes monásticas y á sus votos

de castidad y de pobreza. No sabia en su angustia cómo compaginar el respeto debido al juramento prestado con la nueva situacion creada por la Reforma. Ya hacia mucho tiempo que declinara de su conciencia las ideas católicas, y aun llevaba pegado á los huesos el sayal monástico. Hasta el 9 de octubre de 1524 no cambió el hábito de agustino por el traje de predicador, traje sencillo que aun llevan hoy mismo sus sucesores en Alemania. Este cambio produjo un aumento de desercion en los monasterios y por consecuencia una de esas crisis económicas que traen tan frecuentemente las reformas y las revoluciones. Acostumbrados los frailes á la vida del monasterio, no se hallaban en el mundo y no sabian de qué suerte allegar el necesario sustento. Sobre todo, las pobres mujeres, salvadas del claustro, se encontraban como esos náufragos llegados á la orilla, que dejan á merced del mar sus haciendas y sus equipajes. En su natural apuro las infelices recurrían á Lutero; y Lutero se encontraba sin medios de atender á sus necesidades.

Sin embargo, importunaba cuando veia estas miserias á muchos poderosos; y estas importunidades le debian valer algun recurso cuando muchas mujeres se fingian exclaustradas tan solo para captarse la voluntad del reformador y estafarle el dinero. Las estafas debieron crecer tanto, que apeló al recurso de contener las exclaustaciones é impedir tan solo el ingreso en los monasterios y los noviciados. Los bienes de los conventos debian emplearse de esta suerte: primero en el mantenimiento de los monjes que aun quedaban en religion, despues en socorro de los que se iban para ayudarles á tomar un nuevo estado. A los que habian aportado bienes á la comunidad debia reconocérseles el derecho de recabarlos; y lo que aun quedara debia ponerse en una caja comun para socorrer á los pobres, sobre todo si eran parientes de los fundadores.

Todas estas inmensas obras nuevas embargaban de tal suerte la vida de Lutero que no tenia tiempo para nada. Ya no era el gran combatiente, que lanzaba rayos de ideas; ya no era el gran justador que combatia principios con principios; ya no era el sacerdote de lo ideal entregado al culto de lo abstracto, sino el hombre de la realidad descendido al seno de esta oscura tierra y obligado por el impulso incontrastable de los hechos á combatir con todos los intereses y con todos los egoismos. Así Lutero exclamaba dirigiéndose á

un amigo: «Te lo ruego, líbrame de mí mismo. Estoy de tal suerte abrumado por los negocios de los demás que me pesa horriblemente la vida. Cortesano fuera de la corte, visitador, lector, predicador, autor, oidor, actor, corredor y qué sé yo cuántas cosas mas. ¿Quién me libertará de este peso?» Solamente la muerte. Has nacido grande y tienes que purgar tu grandeza; has tenido una idea y debes defenderla de sus enemigos. Cuando ya la hayas defendido de sus enemigos, has de organizarla, y cuando ya la hayas organizado contra sus enemigos, has de defenderla y salvarla de los brazos de sus propios amigos. Para quien ha de ocupar un sitio preeminente en la historia, no hay lecho de reposo mas que en el frio hueco de un sepulcro. Lutero acababa de organizar la revolucion; pero, apenas organizada, caia esta revolucion en las exageraciones. Vamos á verlo.

CAPÍTULO VI

LA GUERRA DE LOS LABRIEGOS

La guerra de los campesinos resulta, al resplandor de las ideas filosóficas que rigen la historia, una exagerada traduccion del pensamiento de Lutero á la sociedad y á la vida. No podia encrespase la conciencia al azote de tantas ideas, reunirse aquellos enjambres de almas exaltadas por la nueva fe, desarrollarse creencias tan variadas, sin que el movimiento de tanta vida bajase hasta el pueblo, y encendiendo sus pasiones, lo lanzara desbocado al seno de una exagerada revolucion, anhelosa por traspasar los límites, que el tiempo, las circunstancias, la historia ponen por necesidad á las mas radicales innovaciones y á los mas atrevidos progresos. Injusto, injustísimo atribuir á Lutero, como suele el vulgar sentir, la horrible guerra de los campesinos y sus espantosos excesos. Antes, mucho antes, la excesiva tiranía de los señores y la excesiva servidumbre de los esclavos trajeron esas protestas armadas, esos movimientos desordenadísimos, esas guerras civiles, males que el mal engendra, y que pocas veces, sobre todo cuando se exageran y se extreman, suelen traer un remedio. No existia Lutero cuando la insurreccion de los trabajadores de Brunswick en el siglo décimotercio; no existia Lutero cuando la insurreccion de los trabajadores de Lubeck en el siglo décimoquinto. Gremios sublevados; estirpes patricias tan pronto expulsadas como devueltas al seno de sus ciudades; gobiernos aristocráticos, rotos por la audacia y restaurados por la inexperiencia de sus candorosos enemigos; irrupciones de piratas surgidos de las verdinegras ondas del Báltico; soldados de Suecia, por comba-